

“Loza sucia”
Mateo 24:45, 46; 25: 24-27

Sermón preparado por
Carlton P. Byrd, Orador/Director de Breath of Life Telecast y Pastor principal de
Oakwood University Church en Huntsville, Alabama

Cuando yo era adolescente, muchas veces mis padres antes de salir nos decían a mí y mis hermanos: “Laven la loza antes que regresemos”. Entonces se iban por varias horas. Inevitablemente mis hermanos y yo nos deleitábamos con la novedad de tener la casa a nuestra disposición. Jugábamos distintos juegos, mirábamos televisión, comíamos, y comíamos una vez más; y volvíamos a comer, sin percatarnos de que se iban amontonando platos y utensilios de cocina sucios.

En una de esas ocasiones, recuerdo que estábamos jugando cuando escuchamos que el auto se detenía frente a la casa, ¡y nosotros ni habíamos comenzado a lavar la loza! En realidad, nos habíamos olvidado completamente de la loza.

En ese momento nos dimos cuenta que nuestro peor temor, se había hecho realidad. Para decirlo de otra manera, sabíamos que íbamos a estar en “gran problema”. Para evitarlo, instantáneamente armamos un plan que debía funcionar tan rápido como el rayo laser, organizando una estrategia algo caótica, y al mismo tiempo una especie de trabajo en equipo que jamás habíamos conformado tan bien. Mi hermana debía lavar, yo debía secar y mi hermano menor, iba a guardar todo. Con gran velocidad tratamos de trabajar en equipo, pero nos empujábamos y chocábamos, tratando de avanzar desesperadamente, aun cuando sabíamos que era imposible que terminásemos antes que se abriera la puerta y ellos entraran.

Años más tarde, ya lejos de esos días y experiencias de la adolescencia, puedo recordar el texto de un sticker pegado en el paragolpes de un auto y que decía: “Jesús vuelve... mantente ocupado”. Los adventistas hemos estado repitiendo este concepto de estar preparados para la Segunda Venida, durante unos 160 años. Pero estar preparados para la Segunda Venida va mucho más allá que escuchar el motor del auto y ver que las luces se detienen frente a la casa, o correr a la cocina para hacer desaparecer la loza sucia. Por otro lado, el entusiasmo y ansiedad por la preparación para el pronto regreso de Cristo tiene mucho que ver con la mayordomía.

A pesar de que actualmente hablamos mucho sobre mayordomía, no es muy común que sea en el contexto de la Segunda Venida. Sí, todos sabemos lo que significa la mayordomía: la responsabilidad de administrar los recursos de Dios en aras de la construcción del reino de Dios. Creo que hay algunos componentes básicos de la mayordomía que cuando son examinados detenidamente, nos ayudarán a ser mejores administradores de los grandes dones y oportunidades que Dios nos da, en preparación para su inminente regreso.

En Mateo 24:45, 46 y 25:24-27 Jesús habla acerca de la mayordomía y la importancia de estar preparados para su Segunda Venida. En el primer pasaje (Mat. 24:45, 46) menciona indirectamente la mayordomía al hablar específicamente de la Segunda Venida. Él dice: *¿Quién es pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que le dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, lo halle haciendo así.*

En el siguiente pasaje, (Mat. 25:24-27) Jesús hace lo contrario cuando habla específicamente sobre mayordomía, pero indirectamente menciona su Segunda Venida. Allí dice: *“Pero acercándose también el que había recibido un talento, dijo: “Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.” Respondiendo su señor, le dijo: “Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros y, al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses”.*

En el marco de los dos textos anteriormente mencionados, Jesús imparte palabras finales a sus discípulos, justo antes de someterse a la tan humillante, deshumanizada e insoportable experiencia de su juicio, crucifixión y muerte.

Los discípulos estaban preocupados pensando en el fin del tiempo y las señales de la Segunda Venida de Jesús, y aunque el Maestro les había prometido que regresaría y los llevaría por siempre para estar a su lado, ellos querían saber más. Entonces Jesús profetizó en relación a los días finales de este mundo y les clarificó el estado de las cosas, no solo en el aspecto secular, político y del mundo natural, sino también en el ámbito espiritual.

Al describir los eventos futuros y finales de la tierra, Jesús relató dos parábolas para ilustrar la tensión entre la Segunda Venida y las tentaciones en la vida cotidiana y los cuidados de este mundo. También marcó la diferencia entre aquellos que se prepararían en forma adecuada para la Segunda Venida, y quienes no lo harían. Ambas parábolas nos enseñan lecciones acerca del uso de los recursos que Dios nos ha confiado a través de nuestro tiempo, talentos y bienes.

En ambas, el señor o amo se ausenta por un tiempo prolongado. Al considerar el elemento tiempo, y en ausencia del amo, los siervos tienen la responsabilidad de completar las tareas que se les han asignado. Como incrustada en ambas historias yace la realidad de las grandes oportunidades que se nos presentan diariamente, de utilizar en forma adecuada nuestro tiempo. En Salmos 90:12 dice: *“Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría.”* En cada día tenemos 24 horas, 1.440 minutos o 86.400 segundos y se nos prometen 70 años de vida, por la gracia de Dios (Ver Sal. 90:10).

Al concedernos este tiempo, Dios espera que lo utilicemos en forma efectiva para el crecimiento del reino. Es necesario que contemos nuestros días, que planifiquemos, pensemos y organicemos nuestro tiempo de tal manera que reconozcamos nuestras limitaciones de modo que hagamos buen uso de él hasta que el Señor regrese. Al darnos su mandato divino para trabajar en esta tierra Jesús dijo: *“Mientras sea de día, tenemos que llevar a cabo la obra del que me envió. Viene la noche cuando nadie puede trabajar”* (Juan 9:4). Al referirse a su Segunda Venida Jesús manifestó que debíamos estar ocupados *“hasta que yo vuelva”* (Lucas 19:13) lo que significa que debemos utilizar el tiempo que tenemos no en frivolidades y ocios, sino más bien en un servicio laborioso mientras todavía hay tiempo.

Las parábolas también hacen hincapié en la mayordomía de nuestros talentos. En Mateo 25:26 y 27 el amo no regaña a sus siervos por cometer errores, sino por no actuar. Ambas parábolas reflejan el hecho de que el amo confiaba en sus siervos porque sabía que ellos tenían habilidades y talentos para realizar las tareas que él les había pedido que hicieran.

En inglés existen dos adagios populares que se pueden traducir así: *“Usa tu cabeza para algo más que un perchero”* y *“Desperdiciar la mente es algo terrible”*. Estos dichos nos recuerdan

que cada uno de nosotros hemos sido beneficiados por Dios con dones, talentos, habilidades, inteligencia, recursos, capacidades, ingenio, ideas y creatividad únicos, que podemos utilizar para resolver problemas y marcar una diferencia no solo para mejorar nuestra propia condición y la de otros, sino también para hacer algo significativo en el mundo.

Dios le preguntó a Moisés: *¿Qué tienes en tu mano?* (Éxo. 4:2). El mandato que Dios le dio a Moisés de usar lo que tenía, también es para nosotros. El Señor nunca nos pide que usemos lo que no tenemos; por el contrario, quiere que usemos lo que sí tenemos. Usemos los talentos que tenemos. Usemos las capacidades, la energía de nuestro cuerpo. Usemos esos talentos que Dios nos concedió para hacer aportes significativos. Aunque es verdad que Dios hizo nuestras manos sin que nosotros nos esforzáramos por ello, también es verdad que Dios desea que usemos esas manos que nos dio, para beneficiar a otros.

Dios no permita que Jesús venga y encuentre que no hemos puesto las manos en el arado, ni nos arremangamos nuestras mangas para trabajar. Usemos nuestra mente para mejorar las cosas. Dios nos dio a cada uno talentos y dones que fueron diseñados para que los usemos para su gloria. No todos pueden predicar, no todos pueden enseñar, no todos pueden cantar, ni ser administradores, pero cada uno, y todos, podemos hacer algo. Martin Luther King Jr. dijo algo interesante que traduzco de esta manera:

Si a usted le toca ser un barrendero, debería barrer las calles así como Miguel Angel pintaba sus cuadros o como Beethoven componía música. Barrer las calles como Leontyne Price cantaba en la ópera. Barrer las calles como Shakespeare escribía sus obras literarias. Debería barrer las calles tan bien, que todas las huestes del cielo y la tierra pudiesen detenerse y decir: aquí vive un gran barrendero que hizo bien su trabajo. Si usted no puede ser el pino que crece en la cumbre, sea el arbusto del valle. Sea el mejor arbusto al pie de la montaña. Sea un arbusto si no puede ser un árbol. Si no puede ser una gran autopista, sea un sendero. Si no puede ser un sol, sea una estrella. No es por tamaño que se mide su éxito o su fracaso. Sea lo mejor que usted pueda ser.
(Martin Luther King, Jr., Street Sweeper).

El apóstol Pablo dijo: *Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor* (Col. 3:23). *Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Cor. 10:31). Dios es honrado y glorificado cuando sus hijos usan sus manos, sus mentes, y se paran sobre sus pies y hacen algo para construir el reino de Dios al ayudar a que alguien cambie su vida.

Pero aún tenemos el tercer elemento de la mayordomía. Este es el más significativo porque cuando el Maestro ascendió, impartió recursos que tenían valor material e intrínseco. Esto indica la realidad de que algunas de las cosas por las cuales tenemos responsabilidad implican un ojo vigilante, ya que pueden deteriorarse o perderse. Sin una cuidadosa administración, estos recursos se perderán y no serán útiles para hacer algo bueno.

Dios nos pide que seamos buenos administradores, buenos mayordomos de su dinero. Porque el dinero que tenemos no nos pertenece a nosotros. La Biblia es clara al afirmar: *De Jehová es la tierra y su plenitud* (Sal. 24:1), y *los millares de animales en los collados* (Sal. 50:10). Dios es el poseedor de todo. Uno de los mayores impedimentos para una administración efectiva es la correcta comprensión de la propiedad. Vivimos en una época en la cual la sociedad está absolutamente absorta en el consumo de lo que considera que es su propiedad. Quiero ser claro: no estoy insinuando que no tenemos que poseer cosas, pero en muchos casos nuestra

fascinación y obsesión humana de ser poseedores puede entrar en conflicto con nuestro llamado a ser buenos mayordomos.

Ser poseedor tiene un enfoque interior. Ser mayordomo tiene un enfoque exterior.

Ser poseedor es temporal. Ser mayordomo es eterno.

Ser poseedor pone su énfasis en uno mismo. Ser mayordomo pone énfasis en el prójimo.

Debemos usar lo que hemos recibido del Maestro de modo responsable para su bien y para que se multiplique hasta que Jesús regrese.

Esto no significa que acumulemos cosas. Significa que somos conscientes de que todo lo que tenemos pertenece a Dios, y es nuestra responsabilidad no malgastarlo. No debemos usar los recursos de Dios para cosas vanas o perjudiciales, sino que debemos usarlos y cuidarlos de manera que hagan crecer el reino de Dios. Por favor comprendan que no es que glorificamos al Señor simplemente ahorrando, sino cuando calculamos el costo y planificamos el crecimiento del reino de Dios. Debemos usar los recursos de Dios para honrar a Dios y lograr una cosecha abundante. Muchas veces repito esta frase: "La salvación es gratuita, pero ministrar a otros cuesta dinero". Jesús dijo: *No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el moho destruyen, y donde ladrones entran y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el moho destruyen, y donde ladrones no entran ni hurtan, porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón* (Mat. 6:19-21).

Me produce alegría ver que ambas parábolas citadas toman cuidado de hablar de la recompensa. Cuando somos fieles, Dios honra nuestra fidelidad y podremos ser capaces de compartir el gozo y las bendiciones eternas. Si embargo, también es importante que recordemos que la recompensa es responsabilidad del Maestro. No creemos en la salvación por las obras. *Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios* (Efe. 2:8).

En el comienzo de la parábola el amo, antes de irse, elige cómo distribuir los dones. A su regreso, quiere ver lo que se ha obtenido. De la misma manera, fue la elección de Dios que nos convirtiéramos en sus siervos. Somos salvos gracias a que el Maestro elige dejarnos entrar en su reino. El Maestro podría haber elegido que nuestro trabajo es insuficiente, y en realidad, si somos honestos, sabemos que nuestra justicia no es más que "trapos de inmundicia" (ver Isa. 64:6). Pero Dios nos amó tanto que aunque somos pecadores, Cristo murió por nosotros (ver Rom. 5:8) ¡Hemos sido elegidos por Dios!

Todas nuestras buenas obras son por gracia.

Todos nuestros éxitos son por la gracia de Dios.

Todos nuestros buenos frutos se deben a la gracia de Dios.

Todo lo bueno que se ve en nosotros, se debe a la gracia del Dios Todopoderoso de los cielos.

No tengo justicia en mí.

No tengo bondad en mí.

No tengo ingenio propio.

No soy dueño de la creatividad.

Pero por la gracia de Dios he recibido obsequios para mi bien y para su gloria.

Si hacemos algo bueno, es por la gracia de Dios. *Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gál. 2:20).

Agradezco a Dios por su gracia y misericordia.

Agradezco a Dios por su amor.

Agradezco a Dios porque nos dio talentos y dones maravillosos.

Agradezco a Dios porque nos dio habilidades y recursos, dinero y edificios, vehículos y casas, iglesias y tecnología.

Pero lo más importante es ¡que agradezco a Dios por su gracia!

Él murió para que tuviésemos vida.

Él desea que vivamos y usemos los recursos que nos ha dado para glorificarlo y hacer engrandecer su reino.

En muchas ocasiones cuando mis padres esperaban que mis hermanos y yo cumpliéramos las tareas antes que ellos regresaran, nosotros los decepcionamos. En realidad, nadie quiere entristecer a sus padres al dejar de cumplir las tareas que ellos señalaron que deberían estar listas antes de su regreso.

No sé cuál será su caso, pero yo personalmente no quiero decepcionar al Maestro. No quiero que Jesús regrese y encuentre que no cumplí la tarea que me encomendó. No quiero que los dones y recursos que me dio, no sean usados, o que queden de lado. Por el contrario, quisiera estar listo esperando que “el auto estacione frente a la casa” y que yo pueda mostrar una sonrisa alegre sabiendo que cumplí la tarea, que “la loza está lavada”, la casa en orden, el tiempo fue usado sabiamente, los talentos utilizados adecuadamente y los recursos utilizados correctamente.

Y cuando las nubes del cielo dejen entrever al Maestro, quiero mirar hacia las nubes y decir: Este es nuestro Dios, lo estuve esperando, y he estado trabajando. ¡Ahora regresa a buscarme! ¡Regresa a buscarnos, para que podamos ser salvos!